

El Anillo de la Profesora Meitner

La lucha de una científica pionera

A black and white portrait of Lise Meitner, a woman with dark hair pulled back, wearing a dark jacket over a light-colored blouse. She is looking slightly to the right of the camera with a neutral expression. The background is a textured, warm-toned wall.

L. SARASÚA

Desde principios del S. XX se sabe que el átomo posee ingentes cantidades de energía con las que se podría fabricar la bomba más potente conocida. Todas las potencias mundiales intentan frenéticamente producir dicha bomba y los más grandes científicos del momento se ven envueltos, voluntaria o involuntariamente, en la carrera por conseguirla. Presiones, intrigas e incluso misteriosas muertes y desapariciones, se suceden. La llegada de Hitler al poder precipita esa carrera y la vida de muchos de los científicos se encuentra en grave peligro.

Una fascinante novela basada en hechos reales, en la que las intrigas políticas y la ciencia se entremezclan, a través de la vida de los protagonistas, algunos de los más grandes genios de principios del S. XX, que llevaron al descubrimiento de la fisión nuclear. Einstein, Heisenberg, Fermi, Majorana, y sobre todo Lise Meitner, la científica que por su condición de mujer y hebrea, nunca obtuvo el merecido reconocimiento a su descubrimiento, que cambió la historia del mundo.

Esta es una obra de ficción. Aunque basada en personajes y en hechos reales, los mencionados en la novela son invención del autor, y como tal deben ser interpretados.

INTRODUCCIÓN

“Lo único necesario para que triunfe el mal es que los buenos no hagan nada para impedirlo”.

E. BURKE (atribuido)

VELOCIDAD DE ESCAPE

1.

Berlín, martes 12 de julio de 1938.

La profesora Lise Meitner esperó hasta el anochecer para escapar del hotel sin ser vista. Estaba aterrorizada. Sabía cuál sería su suerte si la detenían intentando huir de Alemania.

De nada le había valido ser una de las mejores especialistas del mundo en física atómica, ni haber servido en el ejército alemán durante la Gran Guerra. Al final tenía que huir de la Alemania nazi si quería salvar su vida.

Para no levantar sospechas, salió portando solo una pequeña maleta. Tras más de 30 años viviendo en Berlín, eso y unos cuantos marcos era lo único que podía llevar consigo en su huida.

Lise miró nerviosa a un lado y a otro al salir del hotel. En la calle la esperaban los profesores Otto Hahn y Paul Rosbaud. Había conocido al profesor Paul Rosbaud, austriaco como ella, hacía ya muchos años en un congreso de física y Lise sintió un profundo agradecimiento hacia él, que había venido a Berlín arriesgando su vida para ayudarla a escapar. En cambio, tenía un sentimiento agrí dulce hacia Otto, con quien había trabajado estrechamente durante treinta años, y quien en ocasiones había demostrado un gran egoísmo y falta de ética hacia ella.

Otto le tomó la maleta, abrió el automóvil que tenía aparcado frente a la entrada y ayudó a Lise entrar. Eso la hizo sentirse un poco molesta, ya que a pesar de sus 60 años, Lise se mantenía en buena forma. Su delgada y pe-

queña figura aparentaba fragilidad, y sus profundas ojeras la hacían mayor, más Lise estaba ágil, de modo que el gesto de Otto le pareció condescendiente.

La luna llena brillaba esplendorosa en el cielo. Aunque era de noche, el calor del verano hacía que aún se viera gente por la calle y eso la asustó. Si alguien la reconocía y daba la voz de alarma podría ser arrestada. En particular temía a su vecino de apartamento en la casa del instituto de Física, el químico Kurt Hess, un fanático nazi, que llevaba mucho tiempo intentando relevar a Lise de su puesto de profesora. “La judía pone en peligro nuestro instituto”, había dicho Kurt Hess exigiendo su destitución.

A pesar de que las leyes nazis prohibiendo a profesores no arios ostentar un cargo público llevaban vigentes desde hacía ya varios años, Lise había conseguido mantenerse en su puesto gracias a su pasaporte austriaco, para ira y frustración de Hess. Las leyes discriminatorias se aplicaban en un principio solo a los judíos alemanes.

Sin embargo, hacía tres meses que Hitler había invadido Austria y proclamado el Anschluss, la anexión oficial de Austria por Alemania, de modo que Lise se había convertido en súbdita alemana a su pesar. Ahora Hess veía la oportunidad que tanto había esperado, y no la iba a dejar escapar.

La anexión de Austria suponía para Lise una desgracia aún mayor. No sólo perdería su trabajo y la posibilidad de investigar, sino que además significaba que su pasaporte austriaco ya no era válido, y sin él, no podría salir de Alemania. Había intentado obtener un pasaporte alemán que le permitiera abandonar el país, pero el Ministerio del Interior fue claro y tajante: los científicos no podían marcharse del país, y menos si eran judíos. Ni siquiera sus contactos de tantos años le habían servido de ayuda. Para colmo de males, sus gestiones habían comenzado a levantar sospechas acerca de sus intenciones de fuga.

Desde hacía semanas que Hess merodeaba frecuentemente la puerta de su apartamento, sin duda espiando sus movimientos. Por eso, unos días atrás Otto Hahn la convenció de que dejara el apartamento y se fuera al hotel Adlon, a escasos pasos de la puerta de Brandeburgo. Tenían la esperanza de que eso confundiera a Hess y a sus secuaces, y ganar así unas horas de ventaja, pero ahora Lise no tenía tiempo que perder. Sabía que Hess volvería a encontrar pronto su pista.

Otto arrancó el automóvil y se dirigieron a su casa, donde Lise pasaría la noche. Paul Rosbaud les dejó en la puerta y prometió volver a la mañana siguiente para llevar a Lise a la estación.

Lise esperaba encontrar a Edith, la mujer de Otto, pero ésta no se encontraba allí.

—¿Dónde está Edith? —preguntó confundida.

Otto carraspeó nervioso.

—Ha sufrido un ataque nervioso y la he llevado a un sanatorio a reposar y recuperarse. Ahora está mejor, pero hace ya varias semanas que se comportaba muy alterada...

Lise le miró incrédula.

—Edith no se habría ido sin decírmelo y sin despedirse de mí, ¿qué ha pasado?

Otto se mostró claramente azorado y volvió a aclarar su gargante.

—Verás, Lise, Edith estaba al borde de un ataque, llevaba días realmente fuera de sí. La tensión de los últimos días le ha afectado mucho y tuvimos varias discusiones fuertes, así que la interné por unas semanas en el sanatorio para que descanse. Creo que es lo mejor para ella, así no se verá envuelta en tu fuga. Es por su seguridad.

Lise se sumió en la tristeza y la decepción de no poder ver a su amiga, quizás por última vez. ¿Por qué Otto no le había dicho nada? Confiaba en haber compartido con Edi-

th sus últimas horas en Berlín, quizás sus últimas horas en libertad.

Otto la sacó de su confusión tomándola del brazo y llevándola al salón.

–Lise, ahora lo más urgente es repasar el plan de fuga. Hay más vidas en juego además de la tuya.

El plan era muy burdo y arriesgado, pero no tenían otra alternativa. Sabían que si Lise permanecía en Berlín significaría su arresto y su muerte casi segura. Lise tomaría por la mañana un tren con destino a la ciudad holandesa de Groningen. El tren atravesaba la frontera por la pequeña ciudad de Bunde-Nieuweschans, el cruce fronterizo más septentrional entre los dos países. Normalmente ese tren llevaba pocos pasajeros, y estaba menos vigilado que los demás. En el tren, Lise se encontraría con Dirk Coster, otro físico holandés amigo suyo que junto a Rosbaud estaba ayudando a escapar a científicos judíos de Alemania.

Dirk, mediante sus contactos en Holanda y algún soborno, había conseguido garantías de que los policías del lado holandés la dejarían atravesar la frontera aunque Lise no llevara un pasaporte válido. También había conseguido, no sin mucho esfuerzo, la promesa del Gobierno holandés de que Lise podría permanecer en Holanda si conseguía cruzar la línea divisoria.

El problema ahora era cómo evitar el control de pasaportes del lado alemán. No tenían ninguna garantía de que la policía germana la dejara atravesar la frontera y tenían que confiar ciegamente en la suerte. Lise pretendería ser una simple anciana austriaca ignorante de que su pasaporte había dejado de ser válido tres meses antes e intentaría inspirar lástima a los guardias. Si los guardias fronterizos alemanes sospechaban que era en realidad una importante científica, la arrestarían sin duda. A pesar de las precauciones tomadas, no había manera de saber si alguien les había puesto sobre aviso acerca de su fuga y Lise prefirió borrar esa terrible posibilidad de su mente.

Otto se encontraba especialmente complaciente, quizás para mitigar su sentimiento de culpa por todo lo que había ocurrido entre él y Lise durante tantos años trabajando juntos. Incluso tuvo un detalle de gran generosidad. Sacó un anillo de diamante del bolsillo, lo miró y se lo entregó a Lise con solemnidad:

–Tómalo –dijo–, quizás pueda ayudarte si tienes dificultades con la policía, seguro que aceptarán hacer cualquier cosa a cambio de un regalo como éste. Y aunque no tengas problemas con los guardias, seguramente te vendrá bien tener algo de valor cuando estés ya en Holanda, ya que no permiten sacar dinero en efectivo de Alemania.

Lise tomó el anillo y lo miró con gesto angustiado. No le gustaba aceptar regalos, pero aquello era una situación de vida o muerte.

–Gracias –dijo emocionándose, intentando evitar una lágrima mientras se lo ponía en el dedo.

–Y no te preocupes por tus papeles, ni por tus experimentos. Todo estará a buen recaudo, te lo prometo –aseguró Otto, intentando confortarla agarrándole ambas manos–. Aunque tengas que irte, seguimos siendo un equipo. Sabes que nuestro trabajo es de todos nosotros, seguiremos estando juntos.

Lise mostró agradecimiento por el gesto de Otto e intentó disipar los sentimientos encontrados que tenía hacia él. Otto había sido su compañero de trabajo durante treinta años, juntos habían escrito un sinnúmero de artículos científicos y juntos habían hecho algunos de los más importantes descubrimientos en física atómica. Sin embargo, Otto había sido siempre muy ambicioso, y en alguna ocasión no había tenido reparos ni ningún escrúpulo en apropiarse de descubrimientos hechos por Lise. Al principio de su carrera, cuando las mujeres no podían aún tener un puesto fijo en la universidad, Otto se había aprovechado ampliamente de ello, firmando todos los trabajos que realizaba Lise. Posteriormente, la llegada de Hitler al poder, y

la subsecuente expulsión de los profesores judíos de la universidad, habían despejado el camino a Otto de posibles competidores, y gracias a eso era ahora director del instituto de Química. Aunque Otto no era nacionalsocialista, se había visto muy beneficiado por la política racista del gobierno alemán y por conveniencia política, no estaba dispuesto a enfrentarse a ellos. Cuando comenzó el acoso nazi contra Lise, incluso le pidió que dejara el instituto, en lugar de defenderla, para no perjudicarse a él ni a los demás físicos. Lise sospechaba que Hahn colaboraría con los nazis en lo que fuera con tal de seguir ascendiendo y de mejorar su posición.

Y a pesar de ello, la estaba ayudando ahora a escapar. Quizás Otto tenía mala conciencia por no haberla defendido del continuo acoso de los estudiantes nazis y, sin duda, se sentiría avergonzado de que Lise tuviera que huir sin que él hubiera hecho lo suficiente por ella. En cualquier caso, después de tantos años trabajando juntos, confiaba en que Otto cuidara de su laboratorio y de sus papeles.

–Estoy segura de que lo protegerás todo bien –dijo intentando forzar un tono optimista y una leve sonrisa.

El plan de escape era muy arriesgado pero Lise intentaba convencerse de que, aunque no la dejaran salir del país por no tener un pasaporte válido, podría volver a Berlín e intentar la huida por Suiza u otro paso fronterizo, siempre que no averiguaran quién era realmente. Paul Rosbaud era menos optimista y conocía bien los riesgos. Sabía que si las SS entraban en el tren a controlar los pasaportes, cosa que hacían con cierta frecuencia, no habría manera de sobornarlos, y además eran conocidos por su brutalidad. Y había aún otro motivo de seria preocupación: si la policía de fronteras estaba sobre aviso de su fuga y la reconocían, la detendrían, por intentar huir ilegalmente de Alemania. ¿La habría traicionado alguien avisando a los gendarmes?

Estuvo aterrada toda la noche y apenas pudo dormir, encendiendo un cigarrillo tras otro sin pegar ojo. Le hubiera gustado tanto poder ver a Edith Hahn, y despedirse de ella. Siempre habían tenido una amistad muy estrecha y habían sido confidentes y soporte la una de la otra en los momentos más difíciles. Y allí se encontraba Lise, durmiendo en la casa de Edith, pero sin ella, quizás por última vez.

Por la mañana se despidió de Otto con un abrazo. Fue más un gesto provocado por el miedo, buscando consuelo, que por haber superado los sentimientos encontrados hacia él. Aquella fue la única despedida que tuvo, puesto que no había podido decir a nadie que se fugaba de Alemania.

—Dile a Edith que la echaré mucho de menos y dale las gracias por todo lo que ha hecho por mí —pidió Lise.

Paul Rosbaud vino a buscarla en coche y la ayudó a meter su maleta. Intentaba mantenerse sereno y mostrar una sonrisa para tranquilizar a Lise, pero sin mucho efecto. Lise estaba atenazada por el miedo. Según circulaban por las calles de Berlín, tenía la sensación de ser vigilada por cada policía que veía por la ventanilla. El estómago le dolía de los nervios y empezó a marearse.

—¡Para por favor! —gritó de pronto.

—¿Qué sucede? —preguntó Paul sobresaltado.

—Paul, no puedo. Por favor, llévame de vuelta. No puedo hacerlo, tengo miedo.

Paul Rosbaud intentó calmarla y darle confianza, aunque él mismo era consciente de los grandes riesgos del plan.

—Lise, todo va a salir bien. En el peor de los casos, si no te dejaran pasar, volverás aquí y lo intentaremos de nuevo hasta que lo consigamos.

—No, por favor, no puedo soportarlo.

—Lo siento Lise, es tarde ya. Dirk Coster está dentro de ese tren esperándote. Está aquí arriesgando su vida por ti,

y no podemos ahora echarnos atrás. Todo el plan está en marcha. Te tengo que llevar al tren –dijo con firmeza.

Lise tenía lágrimas en los ojos y la boca desencajada de los nervios. El miedo le secaba la garganta y el cigarrillo le temblaba entre sus dedos, pero no tuvo más remedio que aceptar la decisión de Paul.

Llegaron a la estación abarrotada de gente y se despidieron sin salir del coche, para no llamar la atención. Lise intentó aparentar naturalidad, como quien va a volver esa misma tarde tras una corta excursión, pero temía que su rostro, contraído por el miedo, la delatara. Anduvo cabizbaja evitando que las miradas se posaran en ella y montó rápidamente en su tren.

En seguida reconoció a Dirk, de gran estatura, que estaba esperándola dentro con semblante serio pero tranquilo. No se dirigieron la palabra, él simplemente la miró tras sus anteojos redondos, y echó a andar delante de ella por el pasillo hasta llegar a un vagón vacío. Tal y como habían previsto, había poca gente en aquel tren. Dirk se sentó y siguiéndole a pocos metros llegó Lise, que tomó un asiento cerca de él.

2.

Kurt Hess sabía que Lise Meitner intentaría huir. El vecino nazi de Lise guardaba un profundo odio contra ella, no sólo por ser hebrea y por ser mujer, sino también por envidia profesional. Como tantos otros alemanes, justificaba su rencor, entre otras cosas por el porcentaje tan alto de científicos judíos en las universidades alemanas. Sentía que los puestos de trabajo pertenecían por justicia a los científicos "arios" y que los israelitas los habían usurpado. Además, ahora que toda la industria y la ciencia alemanas estaban poniéndose de nuevo al servicio del ejército de

cara a una inminente guerra, le parecía un peligro enorme tener trabajando a judíos, de cuya lealtad al gobierno de Hitler seguramente no se podrían fiar.

Hess había intentado expulsar a Lise de la Universidad por todos los medios, igual que hiciera con los demás profesores judíos. Sin embargo, al ser Lise austriaca, quedaba exenta de las leyes antijudías de Hitler, al menos de momento. Pero cuando Hitler anexionó Austria, convirtiendo a los austriacos en súbditos alemanes, Hess entendió perfectamente que su ocasión había llegado por fin y no tardó en denunciar a Lise.

Los últimos días había notado a la profesora nerviosa, y cada vez que se cruzaban por el instituto de Química ella bajaba la vista para evitar que sus miradas se cruzaran. Era evidente que algo estaba tramando. Después Lise abandonó su apartamento. Hess se asustó al pensar que Lise había escapado, pero por suerte la vio de nuevo en el instituto y, mediante sus contactos, no tardó mucho en averiguar que se alojaba en el hotel Adlon.

Aquella mañana, como todos los días, se levantó pronto y llamó a su contacto en el hotel, quien le dijo que Lise no había pasado la noche allí. Alarmado, se puso a escuchar a través de la pared que separaba su apartamento del de Lise, por si ella hubiera regresado allí, pero no oyó nada. Volvió a pegar la oreja al tabique conteniendo la respiración. Ningún ruido, sólo el tráfico de los coches. ¿Habría escapado ya? Rápidamente se vistió y salió a la calle.

Estuvo observando las ventanas del apartamento de Lise intentando ver alguna actividad dentro, pero nada se movía, ni había luces encendidas. Su inquietud se desbo-caba por momentos.

Pensó en llamar a la puerta de su vecina, pero en el caso de que ella le abriera no tenía ninguna excusa que ofrecer y quedaría en evidencia, así que decidió esperar unos minutos más.

Finalmente, no pudo resistir más la impaciencia y se dirigió a la puerta llamando enérgicamente con los nudillos.

–¡Meitner! ¡Abra! ¡Abra la puerta!

No hubo respuesta, ahora ya estaba seguro. Loco de furia, salió de nuevo a la calle aullando:

–¡Se ha escapado! ¡La perra judía se ha escapado!

Fue corriendo hacia el apartamento de sus camaradas nazis que vivían en la misma calle y llamó nervioso a su puerta.

–¡Ralph, abre rápido! ¡Soy Kurt!

Al poco, un joven rubio medio desnudo y aún somnoliento, abrió la puerta.

–¡Meitner se ha escapado! ¡La muy perra! No ha dormido en el hotel, ni está en su apartamento. Avisa corriendo a la policía, que la busquen, ¡no puede escapar! Que den aviso en todos los puestos fronterizos para que la detengan si está todavía en Alemania.

–¿Se ha escapado? –repitió el joven medio dormido, sin reaccionar.

–Sí, ¡corre imbécil! –rugió Hess–. No hay ni un segundo que perder. Yo iré al instituto por si acaso estuviera allí –y salió corriendo.

El otro joven se metió de nuevo en la casa, con parsimonia, y comenzó a vestirse. Al cabo de un rato, salió del apartamento y se dirigió a la sede que estaba más próxima del partido nazi.

3.

Cada minuto que pasaba aumentaba la tensión de Lise. Cada persona que entraba en su vagón hacía que se le estremeciera el corazón. El tren todavía no había echado a andar, y aún seguía subiendo alguna gente.